

ANOTACIONES

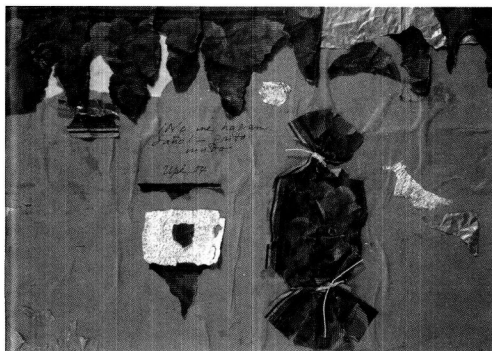
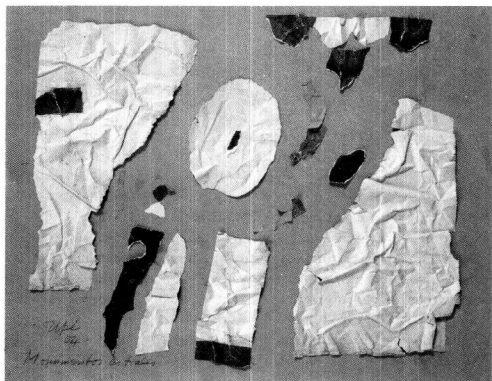
Hugo Padeletti

POESÍA Y PLÁSTICA EN MI EXPERIENCIA

(Fragmentos)

En mi experiencia personal, el dibujo (y también el *collage*, la pintura y los objetos estéticos tridimensionales) son la graficación o corporización de un instante interior. El instante está fuera del tiempo, en el ahora perpetuo y, por lo tanto, cronológicamente, esa graficación o corporización puede durar minutos u horas, no interesa, pero nunca instalarse todos los días, de 8 a 12. Porque ya en la segunda sesión, lo que inspiraba, conducía y producía el proceso (al menos en mi caso), se ha ido, y entonces: ¿qué es eso que laboriosamente hace uno?

En poesía, lo que uno hace en ese caso es muy conocido: hace literatura, en el sentido que le daba Verlaine cuando decía: "*de la musique avant toute chose... et tout le reste est littérature...*". En plástica, aunque menos habitualmente reconocido, es lo mismo: lo que uno hace sin motivación profunda es retórica plástica, más o menos laboriosa ejercitación de oficio o virtuosísimo.



ARTE Y ETIQUETAS (Fragmentos)

... En la historia del hombre se han ido sucediendo dos modalidades de arte plástico: aquella para la cual éste (representativo o no) es esencialmente una forma autónoma, portadora igualmente de sentido autónomo, y aquella para la cual el arte es imitación de la naturaleza: copia, anécdota, ilustración, documento, fotografía, política, sensualidad vagamente idealizada, es decir, forma ancilar o dependiente, y por lo tanto su sentido también lo es.

La plástica imitativa carece esencialmente de sentido formal autónomo. Si miramos desde muy cerca un fragmento de *Las meninas* estamos viendo un fragmento de pintura; si nos alejamos para abarcar la totalidad, estamos viendo ilustración, espectáculo, teatro, fotografía, documento.

A mi modo de ver, la primera modalidad, que implica la autonomía de la forma plástica (aunque esto no significa ni remotamente que carezca de sentido metafísico u otros), es la fundamental, aquella que sí, en una obra perteneciente a cualquiera de las dos modalidades, no existe por lo menos en cierto grado, puede decirse que no hay arte en sentido pleno o que muy dudosamente lo hay.

La segunda modalidad, la meramente imitativa, es desde mi punto de vista dependiente y casi diría bastarda: los períodos francamente imitativos son algo así, (con fascinantes excepciones) como la resaca de las grandes mareas del arte. Y lo que es peor, conducen rápida o inevitablemente al virtuosismo, a la decadencia realista o idealista, y a lo falso (por ejemplo, las ninfas pudorosas y faunos relamidos del académico Bouguereau, ahora rebautizado posmoderno).

Por el contrario, la otra vertiente no parece correr ese peligro: salvo casos de genocidio cultural (y aun así), se retroalimenta a

sí mismo, lleva en sí, como la naturaleza, su fuente de perpetua renovación: cada árbol, su hoja peculiar, pero no dos exactamente iguales. Por ejemplo, las artes llamadas primitivas, el arte bruto, el 'arte' infantil.

La historia de esta alternancia es demasiado larga para tratarla en esta nota, y yo no soy experto. Pero acotemos por ejemplo la pintura románica, que es un arte típicamente no imitativo, planístico, donde la invención formal es lo que cuenta, lo que 'habla', sacralizando el tema y no a la inversa. Después, a través del puente del gótico, que empezó a 'humanizar' los temas introduciendo un poco de claroscuro en la composición planística, pasamos al Renacimiento, un movimiento de minorías intelectuales embebidas de cultura grecolatina, que sustituyó la invención románica sacralizante por el ilusionismo idealizante. A menudo con temas religiosos, hizo arte profano, mundano, sensual, sentimental, individualista (aparición del 'genio' individual)...

Para llegar por fin al punto que me interesa voy a recurrir a una imagen. Las artes plásticas son una longeva tortuga que, a pesar de algunos accidentes a los que logró sobreponerse, estuvo casi siempre viva y coleando con su caparazón protectora hacia arriba y las cuatro patas para abajo. El Renacimiento, que fue uno de esos accidentes, la dio vuelta, la puso patas para arriba. Durante varios siglos estuvo en peligro de muerte (no sin estertores geniales) hasta que un señor llamado Picasso (no fue el único ni el primero que lo intentó) fue elegido para volver a ponerla patas para abajo y, como si no hubiera ocurrido el para algunos fascinante paréntesis, todo empezó de nuevo desde el neolítico.



Upō 2